REPÚBLICA DE HONDURAS. AMÉRICA CENTRAL.

EL PENSAMIENTO.

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR:—F. TURCIOS.

Colaboradores activos: LUCILA GAMERO, J. A. DOMINGUEZ, ENRIQUE PINEL.

SERIE I.ª | TEGUCIGALPA: SÁBADO 14 DE JULIO DE 1894. | NUM 4.º

Una mirada.

Por una mirada, un mundo;
Por una sonrisa, un cielo;
Por un beso....yo no sé
Qué te diera por un beso!

GUSTAVO A. BECQUER.

Fué un horrible estallido de dolor el de aquella alma enferma de pasión. Se vió solitaria avecilla sin un nido, con el gorjeo apagado y las alas ateridas por el frío de la realidad punzante. Sintió que se agrupaban en su mente todos los recuerdos risueños de pasadas felicidades: la primera impresión de la imagen querida, el primer ensueño, la luz de la mirada y la música de la risa de aquel ángel que había volado en el cielo de sus ilusiones y le había enseñado el glorioso cántico de la esperanza. Aún le trastornaba la emoción sentida al estrechar entre la suyas aquella adorada mano blanca, que era su ambición y su delirio.... Qué diferencia de ayer á hoy! Allí estaba indiferente, fría como el mármol! Oh que volubilidad de corazón!

Se llegaba la hora de partir....¿Qué haría dentro de diez minutos? Se estremeció al verse allá en su cuarto, en medio de las tinieblas, sobre la almohada la cabeza en que velaba el pensamiento, azotada por el ala negra de la desesperación y del insomnio. A su garganta subió la angustiosa opresión de un sollozo y casi con lágrimas en los ojos sofocó su pesar con una carcajada....

***

Una fuerza invisible lo tenía sujeto sobre el sillón. Quería huir á un lugar solitario donde pudiera desahogar aquel sentimiento, grande, inmenso, que se había posesionado de su alma poco á poco para hundirlo en el infierno de las dudas tremendas; pero una especie de voluptuosidad dolorosa lo hacía permanecer inmóvil, con la i lea perdida y el corazón doliente y más frío que la losa de una tumba. Quizá sería aquella la última vez que estrecharía su mano, ya que tan pronto las sombras del olvido habían caído heladas y densas sobre su nombre y su cariño.

Se levantó con las manos frías y el corazón golpeando el pecho, como si quisiera romper su miserable cárcel. Con la frente inclinada murmuró su adiós, y cediendo á un poderoso deseo, volvióse para verla al atravesar los umbrales.... Ella lo miraba triste y cariñosamente, como reconviniéndolo por sus dudas y desesperaciones. Había en la expresión de aquellos ojos un mundo de afecto y de consuelo infinito, una protesta muda, una súplica, un poema de inmortal amor.....

Ya en la calle, en medio de la majestuosa serenidad de la noche, se enjugó una lágrima ardiente que arrancaron las tempestades de aquella alma enamorada de un ideal.....

F. TURCIOS.

11 de Julio de 1894.

Una flor cariñosa

para el álbum de Lucila Gamero Moncada.

¿Cómo la quieres, amiga mía? ¿como tus hermosos labios fresca y rosada, ó blanca, suave y triste como tu frente pura?

Para próbarte que conozco bien tu alma delicada, ahí te envío ese pobre jazmín... Lleva algo de lo que hay en mis recuerdos, mucho de lo que tú me has inspirado.

Qué encuentre en tu libro cariñosa acogida, qué las brillantes flores con que la amistad lo ha engalanado no rehusen su humilde compañía, qué tu bella mano lo coloque allí.

.....

Pura y serena brilla la luna en el inmenso azul: silenciosas y tristes las estrellas, sus amigas contemplan la grandeza de la Reina pálida....

Vestida de blanco, la cabellera castaño-obscura meciéndose suavemente á impulsos de la brisa cálida, entreabiertos los rojos labios por poética sonrisa, una joven de mirada soberana y frente melancólica admira, en su jardín, los encantos de aquella hermosa noche.

Su alma soñadora vaga allá en lo infinito, y su rica fantasía poderosa y brillante, la lleva al mundo querido de sus esperanzas.

Cómo palpita la idea en su frente blanca y pura! Cuán apresurado late su ardiente corazón!

¿Qué piensa? Qué siente? ¿Qué desea?

Esperad: ya lo sabréis cuando ella, en su prosa castiza y florida, os lo cuente.

Entretanto, dejad soñar á la graciosa joven de mirada soberana y frente melancólica, "cuya silueta luminosa se pasea, á la luz de la luna, entre calles de rosales y madreselvas."

LEONOR.

1894.

Un Caracter.

A ERNESTINA GALINDO.

Amistad y cariño.
LUCILA GAMERO MONCADA.

I.

El paseo "Las Rosas," muy concurrido otras veces, estaba esa tarde casi desierto: solo un pequeño grupo se veía, compuesto de tres señoritas y cuatro caballeros.

Entre las señoritas se distinguía Amelia Gámez, y entre los caballeros, Adolfo Cuéllar, enamorado de Amelia.

Quien hubiera visto ligeramente á la señorita Gámez, no habría dicho, ciertamente, que era hermosa; pero si alguna vez recibía los rayos de sus ojos, unos ojazos grises, algo tristes, y de mirada límpida y penetrante, de seguro confesaba que era encantadora.

Adolfo era un joven elegante, algo moreno, pero extremadamente simpático.

Traviesa era Amelia: miraba á todos los hombres con amable indiferencia; pero Adolfo era el objeto de sus graciosas burlas y amargos desdenes. Y no se crea que trataba así al pobre Cuéllar, porque ella era una señorita rica y de familias principales, y él un abogado pobre, aunque también de estimables familias, no; ella lo trataba así, por algo que no podía explicarse, algo que yo me sé: su orgullo consistía en no amar á ningún hombre, y aquel joven varias veces la dejaba pensativa.

Locamente amaba Adolfo á Amelia; y esa tarde, la tarde á que me refiero, estaba sentado cerca de ella y la miraba fijamente, con éxtasis amoroso.

A la señorita Gámez no debe haberle gustado tan larga contemplación, porque le dijo con un tonito malicioso:

—Caballero ¿no le gustan los encantos de la naturaleza?

—Oh, y mucho, señorita!

—Entonces, puede Ud. deleitarse con ellos.

—¿Por qué me dice Ud. eso, señorita?

—Porque si continúa como ha estado, más de alguno va á creer que mi cara es carta geográfica, y que Ud. está empeñado en hallar en ella una ciudad imaginaria.

—Oh, señorita!....

Y aquella burla llegó al alma del pobre joven, cuyos ojos dirigió á un lugar lejano; después se puso á platicar con Julia, prima de él.

A su vez le tocó á Amelia fijarse en Adolfo:

—Habla con Julia; ¿qué le dirá?... Julia no es fea: ¿se amarán?....

Esto se decía Amelia presa de inquietud extraña.

Después, cambiando la sonrisa burlona de su boca por una alegre, le preguntó á Cuéllar:

—Adolfo: ¿concurrió Ud. á las carreras hípicas que hubo el domingo pasado?

Adolfo se volvió en el acto hacia Amelia:

—Sí, señorita.

—Magnífico caballo dicen que es el que montaba el jinete que ganó el premio!

—Es regular.

—¿Sabe Ud. de quién es?

—De Ud., señorita, puesto que pertenece á este su servidor.

—¿De Ud.?.... En verdad que no lo sabía..... Luego, Ud. está de plácemes!

—Gracias al caballo.

—Me parece que debe sentirse un placer muy grande cuando se obtiene uno de esos espléndidos triunfos hípicos.

—Unos gozan, otros no, señorita.

—¿Y Ud.?

—No creo pueda llamarse placer lo que entonces sentí.

—¡Como! ¿no sintió placer entonces?

—No, señorita.

—¿Y con qué goza Ud.?

—Con otras cosas muy distintas á esa, soñando en imposibles, tal vez.

—Ah, me olvidaba que Ud. tiene sus ratos de romanticismo; y, según parece, debe estar cautivo de un ideal.

—Dice Ud. bien, Amelia: de un ideal.

Y como la señorita Gámez no le volviera á dirigir la palabra, él siguió hablando con Julia.

Llegada la hora de regresar del paseo, Adolfo dió su brazo á Julia, mientras Amelia, de mal humor, aceptó el de uno de sus primos.

Esa noche no durmió bien la señorita Gámez, y tuvo pensamientos extraños.

—¿Por qué Adolfo no se sometía á sus menores caprichos como lo hacían los demás hombres?

L. G. E.

(*Continuará.*)

Bosquejo.

PARA UN CUADRO.

Frente á la verja que el recinto cubre
del extenso arbolado de la quinta,
cuyo paisaje espléndido subyuga
lo mismo al corazón como á la vista;
bella, con la hermosura de una sílfide
y espiritual como la gracia misma;
en actitud contemplativa y honda,
en el espacio absortas las pupilas,
y el pensamiento, pájaro invisible,
flotando en la región de las delicias;
ved á Cora, la niña de ojos garzos,
de esbeltísimo talle y de faz linda,
que el césped huella con su planta breve,
encantadora cual campestre ninfa.

Miradla en su inefable desvarío,
cada vez más hermosa y atractiva,
con su traje blanquísimo de nieve
salpicado de azules florecillas;
á su cintura con donaire atado
un listón amplio de color de lila;
sueltas á sus espaldas los cabellos
que ondean á los besos de la brisa;
sobre su sien el sombrerito alado
de pajilla de Italia y plumas gríseas;
y en sus pulidas manos, enguantadas
con guantes de sedosa cabritilla,
el abanico rojo con que juega
y al rubí de sus labios aproxima.

Del sol poniente los oblicuos rayos
a través de los árboles cintilan:
y un haz de sus madejas luminosas
surca la frente de la dulce niña
y corona el cerquillo de sus bucles
con nimbo de oro que irradiante brilla;
y una paloma que del nido vuela,
no sé si deslumbrada ó sorprendida,

creyéndola tal vez inmoble estatua,
en su hombro de cisne se reclina:
en tanto con hierático respeto
naturaleza en calma no suspira
y silenciosa ofrece un cuadro vivo
al toque del pincel ó de la lira.

J. A. D.

TUS OJOS.

Bellos, oscuros, divinos,
son tus ojos sin iguales,
tienen rayos celestiales,
resplandores peregrinos:
dulcísimos asesinos
de mi pobre corazón,
ojos en cuya expresión
ansiara leer mi ventura,
y un reflejo de ternura
para calmar mi pasión.

*

Oh mi novia encantadora
de ojos de casto mirar,
serenos como la mar,
sonrientes como la aurora:
el alma mía os adora
ojos que decís candor:
misterios de su alma en flor
voy en vosotros mirando,
ojos que me estáis matando,
dulces ojos de mi amor!

*

Cuánto diera por saber
si me miráis con cariño,
ojos que expresáis del niño
el inocente placer:
qué diera por comprender
lo que oculta vuestro velo,
y qué, si dulce consuelo
me daréis de amor eterno,
si me lleváis al infierno
ó me subiréis al cielo!

*

He visto en vuestras miradas
cosas extrañas, secretas,
eso que inspira á los poetas
odas, cantos y baladas:
vuestras pestañas rizadas
os dan un encanto ideal,
ojos de luz sideral
que formáis mi venturanza,
en vosotros su esperanza
cifra mi afecto inmortal!

*

En mis noches de pesar
siempre os veo con delicia,
vuestra luz es la caricia
que recibo al despertar:
ojos por cuyo anhelar
con su expresión más sentida
diera la musa querida
que iluminó mi memoria,
con mis delirios de gloria
los ensueños de mi vida.

*

Cuando os miro, el alma mía
siente infinito consuelo,
ojos grandes como el cielo
que rebosáis simpatía:
si vaga melancolía
en vosotros se advirtiera
vuestra mirada tuviera
algo divino que existe
en la faz de un ángel triste,
sobre su frente hechicera.

*

Ojalá vuestra expresión
sea un rayo de bonanza
ya que formáis mi esperanza
y constituis mi ambición:
es vuestro mi corazón
ojos que decís "pudor,"
son vuestros del trovador
que acariciáis dulcemente,
los ideales de su mente,
las ternuras de su amor!

F. TURCIOS.

El Espejo.

Llega al Norte, á bordo del *Niemen*, una linda criolla de quince abriles, blanca y rosada cual la flor del almendro. Viene del país

de los colibrís; el soplo del amor la trae.... Sus compatriotas los insulares decíanla: "No te marches, reina frío en el continente.. El invierno te matará." Pero la hermosa criolla no creía en el invierno y no conocía más frío que el de los sorbetes: además ella amaba; no temía á la muerte..... Y héla ahora aquí desembarcando entre las nieblas del *Niemen*, con sus abanicos, su hamaca, sus mosquiteros y una jaula de dorada alambrera llena de pajarillos de su país.

Cuando el viejo papá Norte vió llegar aquella flor de las islas que le mandaba el Sur, su corazón sintióse conmovido, porque pensó que el frío engulliría de una sola vez la joven y sus colibrís; pronto encendió su grande sol amarillento, vistiéndose de verano para recibirla. La criolla engañóse á sí misma; creyó que aquel calor del Norte, brutal y pesado, era un calor duradero; aquella eterna verdura negruzca, verdura primaveral, y colgando su hamaca en el fondo del parque, entre dos abetos, se abanicó columpiándose.

"Pero hace muchísimo calor en el Norte," dijo risueña, aunque un tanto inquieta. Una cosa la preocupa todavía: ¿por qué no tendrán *barandas* las casas en aquel extraño país? ¿Para qué muros tan gruesos, alfombras, pesados cortinajes? Para qué sirven, aquella enorme estufa de porcelana, aquellos inmensos montones de leña acumulados en los patios, y aquellas pieles de zorra azul, aquellas dobles frazadas de los armarios? Pobre jovencilla, muy luego lo sabrás!

Una mañana, al despertarse, la pequeña criolla sintió escalofríos por todo su cuerpo; desapareció el sol y del cielo sombrío y abajo desprendióse á copos un polvillo blanco y silencioso como el que cae á la sombra del algodonero.. ¡He ahí el invierno ¡el invierno! Arrecia el viento, zumban las estufas. En su grande jaula de alambres dorados, ya no gorjean los colibrís; sus alitas rosadas color de turquesa, rubí y esmeralda, permanecen inmóviles y da lástima verlos acercarse unos á otros con sus finísimos piquillos y sus ojos del tamaño de una cabeza de alfiler; allá, en el fondo del parque, la hamaca tiembla de frío, cubierta de escarcha, y las ramas de los pinos semejan cristal hilado.... La linda criolla tiene frío, ya no quiere salir más.

Hecha un ovillo junto al fuego lo mismo que cualquiera de sus pajarillos, pasa el tiempo mirando las llamas y creándose un sol con los recuerdos. En la ancha chimenea luminosa y ardiente, vuelve á ver todo su país; las extensas playas que acaricia el sol, con su negruzco azúcar de caña que corre gota á gota; los granos de maíz revueltos en dorada arena, luego las siestas de la tarde, las claras cortinillas, las esteras de paja, las luciérnagas y millones de mariposas nocturnas que sursurran entre las flores y entre las mallas de tul de los mosquiteros.

Y mientras permanece así fantástica delante de las llamas, síguense los días invernales siempre más cortos, siempre más tétricos. Cada mañana se encuentra un colibrí muerto en la jaula; muy pronto solo quedaron dos, dos copos de plumas verdes que se rozan uno contra el otro en un rincón de su albergue.

Aquella mañana la criollita no pudo levantarse. Presa cual navecilla entre los hielos del Norte, el frío la oprime, la paraliza.

La niebla deposita en los vidrios una fina cortina de seda sucia.. La ciudad parece muerta y en las calles silenciosas, óyese el lastimero silbido del limpia-nieves á vapor...Para distraerse, la criolla, en su cama, hace brillar las varillas de su abanico y pasa el tiempo mirándose en los espejos de su país, envueltos con grandes plumas indias.

Los días del invierno acósanse siempre más cortos, siempre más tristes. Entre sus cortinas de encajes la joven criolla languidece, se desespera. Lo que sobre todo la entristece, es que desde su cama no puede ver el fuego. Parécele que por segunda vez ha vuelto á perder su pátria... De cuando en cuando pregunta: "Hay lumbre en el cuarto?—Pero sí, señorita, la hay; la chimenea arde en llamas. Oís el chisporroteo de la leña y las piñas que estallan?—¡Oh! ¡á ver, a ver! Pero por más que se incline nada ve, la llama se encuentra demasiado lejos; esto la desespera.

Una noche mientras estaba allá, pensativa y pálida, descansando su cabeza en los bordados de la almohada con los ojos siempre

vueltos hacia aquellas hermosas llamas invisibles, se le acerca su amigo, toma uno de los espejos que tiene sobre la cama: "¿Quiéres ver el fuego, amada mía? ¡Pues bien! aguarda!" Y arrodillándose delante de la chimenea, trata de enviarla con el espejo un reflejo de la mágica lumbre: "Puedes verlo? ¡No! nada veo. Y ahora.... No, todavía no... Luego, de súbito, recibe en plena faz una ráfaga de luz que la envuelve: "¡Oh! ¡la veo!" dijo la criolla, estremeciéndose de alegría, y murió riendo con dos llamitas en la niña de los ojos.

ALFONSO DAUDET.

Era un aire suave....

—

Era un aire suave, de pausados giros;
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
E iban frases vagas y tenues suspiros
Entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto á los ramajes,
Diríase un trémolo de liras eolias
Cuando acariciaban los sedosos trajes
Sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos
Daba á un tiempo mismo para dos rivales,
El vizconde rubio de los desafíos,
Y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,
Reía en su máscara Término barbudo
Y, como un efebo que fuese una niña,
Mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un boscaje del amor palestra,
Sobre el rico zócalo al modo de Jonia,
Con un candelabro prendido en la diestra
Volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas,
Un coro de sones alados se oía,
Galantes pavanas, fugaces gaviotas
Cantaban los dulces violines de Hungría,

Al oir las quejas de sus caballeros
Ríe, ríe, ríe, la divina Eulalia,
Pues son su tesoro, las flechas de Eros,
El cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!
¡Ay de quien del canto de su amor se fíe!
Con sus ojos lindos y su boca roja,
La divina Eulalia, ríe, ríe, ríe,

Tiene azules ojos, es artista y bella.
Cuando mira vierte viva luz extraña:
Se asoma á sus húmedas pupilas de estrella
El alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta y el baile de trajes
Ostenta su gloria de triunfos mundanos
La divina Eulalia vestida de encajes,
Una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina
A la alegre música de un pájaro iguala,
Con los estacatos de una bailarina
Y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
Bajo el ala á veces ocultando el pico;
Qué desdenes rudos lanza bajo el ala,
Bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando á media noche sus notas arranque
Y en arpegios áureos gima Filomena,
Y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque
Como blanca góndola imprima su estela.

La marquesa alegre llegará al boscaje.
Boscaje que cubre la amable glorieta
Donde han de estrecharla los brazos de un paje
Que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia
Que en la brisa errante la orquesta deslíe,
Junto á los rivales la divina Eulalia,
La divina Eulalia ríe, ríe, ríe,

¿Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia
Sol con corte de astros, en campo de azur?
¿Cuándo los alcázares llenó de fragancia
La regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía
Con dedos de ninfa bailando el minué,
Y de los compases el ritmo seguía
Sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastores de floridos valles
Ornaban con cintas sus albos corderos
Y oían, divinas Tirses de Versalles,
Las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buen tiempo de duques pastores,
De amantes princesas y tiernos galanes,
Cuando entre sonrisas y perlas y flores
Iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía?
Yo el tiempo y el día y el país ignoro,
Pero sé que Eulalia ríe todavía,
Y es cruel y eterna su risa de oro!

RUBÉN DARÍO.

Poemitas.

II.

Dos hojitas de rosa eran sus labios, oro su cabello, cielo sus ojos, sus mejillas mármol de Carrara.

Llamábase Angelina: amaba y era amada de Arturo, el poeta romántico, cuyos versos la hacían llorar.

Extraños amores en que callaba la boca y hablaban los ojos, en que nunca la realidad de un apretón de manos los había sacado del mundo ideal. No podían ni tenían necesidad de hablarse: todo se lo contaba ella con el fulgor de su pupila azul y él con sus versos la hacía soñar con los ángeles. Ambos amaban por vez primera: habían cifrado su exsistencia en aquel amor. Eran unos niños con el alma rebosante de ternura, con la mente llena de ambiciones sublimes. Deseaban algo sin nombre, sentían tristezas sin causa, se morían de un mal desconocido....

*

Ella era muy rica; él, pobre, muy pobre. A fuerza de pensar en esto, la sonrisa del poeta se cambió en lágrimas de desesperación: sus versos se hicieron lúgubres, su semblante se tornó sombrío. Una noche enfrió su frente un pensamiento criminal....Salió de su cuarto, pues quería decirla adiós antes de emprender el viaje eterno. La encontró en la ventana y sollozando murmuró su despedida. Minutos después una bala le atravesaba las sienes.

*

La fiebre se apoderó de Angelina y al día siguiente, á la hora en que la campana tocaba á muerto, ella lanzaba el último suspiro.....

.....

Era una noche de luna, clarísima y serena: la niña no estaba en la ventana sinó en su camita blanca, cubierta de flores, en medio del salón.

Las hojitas de rosa estaban pálidas, cerrado el cielo de sus ojos, lívidas las mejillas de mármol.

F. TURCIOS.

CITA....

No tengas miedo! Cuando envuelto en sombras
esté el hogar do tu hermosura impera,
cruza de tu recinto las alfombras
y llégate al balcón.

Allí te espera
tierno y rendido, con su amor vehemente,
aquel que amaste desde niña y que amas,
porque forman su sér, un alma ardiente
y la neurosis de un cerebro en llamas.

No tengas miedo! Por instantes deja
tu lecho blando de sin par beleños....
Ven!.... que ya aspiro en la dorada reja
olor á virgen desmayada en sueños.

Aquí, cabe la ojiva á donde sube
la trepadora hiedra retorcida
habrá un idilio...

Aureola de alabastro
circundará tus alas de querube,
y en mi frente cansada y abatida
pondrá el temblor del ansia comprimida
una diadema de fulgores de astro.

Así los dos en ígnea turbulencia,
emergerán convulsos y risueños
tus labios la adorada confidencia,
mientras los míos, en su lid gloriosa,
pudibundos y castos y halagüeños,
han de besar los pétalos de rosa
de tus párpados tibios y sedeños.

Con la emoción que la caricia labra
despertarán los ímpetus dormidos....
¡Habrá un himno triunfal en mi palabra
y un eco embriagador en tus oídos!

Tu talle envuelto en muselina blanca
y el busto egregio, lánguido y redondo
prisionero en mis brazos; tierno y hondo
el suspiro en el labio; y la pupila
con la mirada que el amor arranca,
fija en la azul inmensidad tranquila.

De la alta noche entre la sombra muda
yo prestaré mi formidable auxilio
á tu virgínea veste solitaria;
que en la batalla del amor se escuda
la pureza del cuerpo, en el idilio,
la pureza del alma, en la plegaria!

Yo tengo una oración como sagrado
himno de mi alma que mi labio reza;
termina con tu nombre idolatrado
y con tu nombre idolatrado empieza!

Ven á escuchar esa oración, bien mío,
y volemos después para otro mundo,
cediendo al indomable poderío
de nuestro amor sin límites, profundo;

que en la región del éxtasis, fundida
tu alma en la mía, dejará su huella,
coma áurea bordadura desprendida
del pálido contorno de una estrella.

No tengas miedo! Cuando el manto oscuro
de esta noche feliz, cambie la aurora
por el rubio cendal de luz bendita
al brillo de la llama tembladora,
del beso de los dos, intenso y puro,
pondremos fin á la nocturna cita.

Después..cerca tu altar, dentro mí mismo,
donde radiante de pureza brillas,
alumbrando la noche de mi abismo,
yo alzaré mi oración en muda calma,
todo mi sér postrado de rodillas
ante la augusta excelsitud de tu alma.

Ven á juntar de nuestra unión los lazos,
la timidez de otras edades deja...
Ven! que te aguardan mis amantes brazos
temblando de emoción, cabe tu reja!
Mas si tu pecho indiferente á todo
borró el amor que me juraste un día,
engáñame otra vez, que de algún modo
quiero vivir creyendo que eres mía!

J. M. Mayorga Rivas.

NOTAS.

Saludamos afectuosamente á nuestro apreciable amigo, el joven escritor Doctor Francisco Cálix (h), hoy día de su cumpleaños.

Hemos visto el precioso escudo que adornará el pabellón nacional de la Asamblea, bordado por las bellas é inteligentes artistas Señoritas Villar y nuestra amiga la Señorita Concepción Membreño. El contraste de los colores y el arte exquisito con que está hecho el trabajo, dan magnífica idea de la habilidad y extraordinario gusto de sus autoras, á quienes enviamos un voto de admiración, estimulándolas con nuestro humilde pero sincero aplauso.

Horroroso crimen.—La nota dominante del día, que embarga todos los sentidos y la atención del universo entero, es el asesinato del Presidente de la República Francesa Mr. Carnot, verificado en Lyon el 24 de los corrientes á las nueve y minutos de la noche.

El guante arrojado por esa hidra fanática de nuestra época, denominada anarquismo, es terrible y es hora de que los gobiernos todos se apresuren á recogerlo, si no queremos ver al universo entero envuelto en un velo de horror y de sangre.

Por ahora nos limitamos á dar á conocer á nuestros lectores los detalles que nos han sido trasmitidos por el cable.

Solamente haremos notar, si la memoria no nos es infiel, que no deja de ser curioso el detalle de ser italiano el asesino y ser el día del crimen aniversario de la batalla de Solferino en 1859, batalla que realizó la unidad y la independencia de Italia.

Carnot como gobernante, como hombre honrado y como uno de los que más esfuerzos han hecho en pro de la paz europea, era una figura simpática y respetable para todo el mundo. Faltábanle apenas dos meses para abandonar la Presidencia. Dios le haya acogido en su seno y tenga piedad del asesino.

De la *"Estrella de Panama,"*

Tipografía Nacional.—Tegucigalpa.